

los efectos á que haya lugar, expido la presente en la Secretaria Arzobispal de México, á los doce dias del mes de Marzo del año de mil ochocientos ochenta y cinco.—Lic. Ignacio Martínez Barros, Secretario.—Una rúbrica.

Es copia fielmente sacada del original que obra en el archivo de la Comisaria General, y que debe obrar en este Colegio Apostólico de S. Fernando, en unión de la llave que le fué entregada al que suscribió.

Colegio Apostólico de S. Fernando de México, fiesta de la pascua de la Resurrección de Nuestro Señor, á los cinco dias del mes de Abril del año del Señor de mil ochocientos ochenta y cinco.—Fr. Isidoro M^a Camacho, Guardian.—Una rúbrica.

Con esta llave grande abrió el Illmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos el dia 19 de Febrero del año de 1885, la caja en que estaban encerradas las reliquias ó restos del Venerable Padre Margil de Jesús, que fué cerrada en Febrero de 1778.—El dia 20 de Febrero de este año de 1885 dispuso el mismo Illmo. Sr. Arzobispo en unión del M. Rev. Padre Comisario General Fr. Teófilo García Sancho que se trasladaran á otra caja, lo que se efectuó en presencia del Sr. Canónigo Dignidad de esta Iglesia. Catedral. Dr. D. José Joaquín Uria comisionado por S. S. Illma. El Sr. Secretario de Cámara y Gobierno de esta Sagrada Mitra Canónigo Lic. D. Ignacio Martínez Barros. El M. Rev. Padre Comisario General ántes citado. El Rev. Padre Guardian de la Provincia del Santo Evangelio Fr. Francisco del Refugio Aguila. Y se cerró con cuatro llaves en nuestra presencia, quedando una llave en poder del Illmo. Sr. Arzobispo, otra en el del Padre Comisario General, otra en el del M. Rev. Padre Provincial de la del Santo Evangelio Fr. Manuel Rivero, y la última se me entregó á mí como Guardian del Colegio Apostólico de S. Fernando de México y la que debe obrar en poder del Guardian que por tiempo lo fuere de esta Comunidad, y para que conste lo firmé en México á los 21 dias del mes de Febrero de 1885.—Fr. Isidoro M^a Camacho

Guardián—Una rúbrica.—Un sello que dice: (Colegio Apostólico de S. Fernando de Mexico.)

UN TESTIGO DE VISTA.

Relación del P. Fr. Simón del Hierro.

Desde el año de 1707, que vino el Venerable P. Fr. Antonio Margil de Jesús á fundar el Colegio de N. S. de Guadalupe de Zacatecas desde la ciudad de Guatemala por el mes de Enero, hasta el año de 1726 en que murió, por el mes de Agosto, le conocí muy bien, y le traté y comuniqué muy de cerca, todo el tiempo que fué Guardian del Colegio de Zacatecas, siendo yo súbdito suyo, y después le acompañé once meses haciendo misión en todo el camino que hizo hasta la ciudad de México, por Guadalajara, Valladolid y Querétaro, hasta que murió en dicha ciudad de México, en grande opinión y fama de santidad.

Desde la primer entrada que hizo á la ciudad de Zacatecas, aun teniendo yo solo ocho años de edad, me causó grande admiración la veneración que todos le daban, aclamándolo por santo: todos se arrodillaban á besarle la mano; muchos se echaban á sus piés para besarlos, y aún los muchachos se atropellaban, siendo necesario que algunas veces se parara para darles lugar á que le besasen la mano. A todos los saludaba diciendo: **Ave María**, y á todos los despedía diciendo: **A Dios; á Dios.**

Distaba la ciudad de Zacatecas más de una legua desde el Colegio, y venía muchas veces á los negocios que se le ofrecían, que los más eran á confesar y predicar, venía á pié, y todo el camino venía rezando, y lo mismo era á la vuelta. Visitaba á muchas personas de la ciudad, confesaba á todos los que lo solicitaban, que

xas fundó varias misiones y todas las demás que después acá se han fundado en dicha provincia, ha sido á diligencias suyas después que fué Guardián del Colegio de Zacatecas

Después de ocho años de estar en los Texas eligieron segunda vez para Guardián, y salió desde lo último de los Texas siempre misionando y predicando siempre, y predicando por todo el camino. Estando ya de Guardián le comuniqué más de cerca porque ya yo era religioso y fué mi Prelado: su prudencia grande y su mansedumbre, su genio apacible, su semblante agradable, su silencio extremado, y cuando era preciso hablar lo hacía con voz baja y en pocas palabras; su humildad profunda sin hipocresía; muchas veces, siendo Guardián, le ví ayudar á misa, y varias veces le ví ejercitar aquellos oficios que son propios de los novicios; su modestia rara; nunca se le veían los ojos sino solamente cuando con fervor predicaba: siempre estaba ocupado ó escribiendo cartas ó confesando, y para confesar nunca se excusaba aunque estuviera muy ocupado; todo lo dejaba y decía: "Jesucristo me llama." Decía misa todos los dias, y todos los dias se reconciliaba de defectos muy leves. Nunca le ví turbado ni enojado, sino siempre con un mismo semblante. En todos los actos de comunidad era el primero: siempre asistía á la media noche á los maitines, se quedaba á rezar las estaciones del Calvario con una corona de espinas, con una soga y una cruz grande que todavía se mantiene en el ante coro del Colegio, (ahora se conserva en la sacristía del Noviciado) Cuando iba á la ciudad de Zacatecas (muchas veces le acompañé) en el camino rezaba la corona de María Santísima, las estaciones del Calvario, la estación del Santísimo y otras devociones, y también la doctrina del P. Castaño, y si sobraba tiempo decía todo el texto de la Regla, todo esto era á la ida y á la vuelta; siempre á pié y se volvía el mismo dia, y muchas veces ántes de medio dia. Su vestido siempre fué un solo hábito de sayal, aunque el último año de su vida usó muy raras veces un cononcillo de sayal que le mandaron poner para el abri-

go: sus paños menores, de sayal; nunca usó de calzado, sino solo las sandalias; nunca usó de lienzo; nunca tocó el dinero ni aún lo conoció. A todos los sacerdotes trataba con gran veneración, á los religiosos con grande caridad, y mucho más á los enfermos. En la veneración á María Santísima era muy extremado; celebraba con gran devoción todas sus festividades, en especial el dia de la Asunción de Nuestra Señora y derramaba muchas lágrimas cuando celebraba su tránsito.

Habiendo acabado su segunda Guardianía, para decirme que lo acompañara, me dijo: *¿Se atreve el Padre Fr. Simón que vamos á quemar el mundo?* y no dijo más: y luego dispuso el que nos retiráramos los dos á una hacienda distante del Colegio como cinco leguas, en donde gastó un mes haciendo ejercicios, y en este mes no dejó de confesar muchos que hasta allí le iban á buscar. Todos los dias rezaba el rosario con los de la hacienda, y la estación al Santísimo Sacramento en cruz, la protesta de la fé y el *alabado*. Los dias de fiesta después de misa les hacía plática, rezaba la estación y cantaba el *alabado*. Después de esto le acompañé once meses dia á dia hasta que murió: juntos caminábamos, juntos descansábamos, en los parajes en una misma posada, y en los conventos en una misma celda; por todo el camino siempre rezando los dos, ó con la gente que casi siempre le seguía: siempre predicando y confesando en los poblados, en las haciendas y en los ranchos: siempre entraba cantando el *alabado*; y se iba á la Iglesia siempre convidando á todos los que se quisieran confesar. Todo este camino lo hizo á pié, solo una vez subió á caballo por la necesidad, y esto más á instancia mia que por voluntad propia, y en otra ocasión caminó tres leguas en un borrico, por acortar otra jornada larga; ningún dia dejó de confesar en todo el camino, y solo una tarde que nos extraviáramos no hubo ninguno para confesarse; estuvo tan afligido é inquieto en la posada que saliendo en ocasiones de su recogimiento enclavijadas las manos preguntaba si no venía alguno que quisiera confesar. Siempre me

despertaba á las tres de la mañana ó poco menos, y con estar los dos juntos, yo no podré decir si dormía ni cuando, porque siempre le ví sentado en un rincón envuelta la cabeza en su manto como solia estar en el coro en oración. En todo el camino que le acompañé no dejó ningún día de decir misa y siempre la decía con gran devoción: todos los días se reconciliaba de defectos muy leves, y yo creí que no había perdido la gracia del bautismo; en todo este tiempo no le advertí defecto alguno, aún de aquellos que no faltan á las personas muy espirituales; nunca tomó tabaco ni polvos: nunca perdía ni un instante de tiempo, siempre confesando, ó predicando, ó recojido en oración: siempre creí que estaba en la presencia de Dios, y algunas veces en altísima contemplación, según vivía abstraído de todos y de todo. Nunca oí que se quejara ni por el frío ni por el calor, ni por el cansancio, ni por el sol, ni por el aire, ni por otra contingencia del camino. Ningún día en todo el camino dejó de rezar el oficio divino, y siempre lo rezaba de rodillas y con gran devoción.

Ningún día de viernes ni de vigilia dejó de ayunar en todo el camino, ni comió carne. Todos los viernes rezaba las Estaciones del Calvario con gran ternura y devoción, y siempre encargaba á todos esta devoción ántes de comenzar sus sermones, y también persuadía á la devoción de María Santísima y su santísimo rosario y otras devociones: siempre que encontraba en el camino alguna cruz, se hincaba de rodillas para adorarla.

En llegando á cualquier curato se postraba para tomar la bendición á los señores curas, con ademán de besarles los piés. En todos sus sermones era el tema: **Nos autem predicamus Christum crucifixum**, y de este tema sacaba todos sus asuntos; y siempre los probaba con abundancia de textos de Escritura, con autoridades de Santos Padres, con símiles y ejemplos muy del intento: siempre predicaba verdades católicas, doctrina cristiana y desengaños, exhortando siempre al aborrecimiento de los vicios y al ejercicio de las virtudes con

palabras sencillas pero eficaces, acomodándose siempre á los auditorios y á los oyentes.

En los pueblos de los indios predicaba tan massorralmente como suelen ellos hablar, predicándoles contra aquellos pecados que son entre los indios más comunes; les proponía ejemplos muy materiales, y les repetía la doctrina del Padre Castaño, y les encargaba mucho que la aprendieran y la rezaran todos los días; y era grande el fruto que experimentábamos, pues todos procuraban confesarse; y con gran devoción salían acompañándonos de pueblo en pueblo, con ramas de árboles que aunque les persuadíamos que las dejaran, no se solía conseguir.

Todos los sermones se concluían con el acto de contrición, la protesta de la fé y el *alabado*.

En la ciudad de Guadalajara se detuvo como dos meses: en el primer día de su llegada visitó á todas las personas de cuenta, así eclesiásticas como seculares, y el día siguiente empezó á confesar en los conventos de monjas, gastando en cada convento los días que fueron necesarios según el número de religiosas de cada uno: en todos hacía pláticas y en el Beaterio, y todas se consolaron. Después hizo misión en la Parroquia; predicó pláticas en la cárcel, en el Hospital, en la Escuela de Cristo, asistiendo á oírle las personas más condecoradas, porque todos deseaban oírlo. Muchas personas de cuenta deseaban comunicarlo, y como no lo podían conseguir por que cuando le buscaban siempre estaba confesando, se convinieron algunas personas de las más distinguidas y señaladas en virtud y letras, como fueron D. Salvador Jimenez de Monroy y el Bachiller D. Pedro Rivera; D. Juan Gonzalez, D. Gerónimo Prieto, D. Gregorio Goyti, el R. P. Feliciano Pimenteí, D. Eusebio Riaza, Cura del Sagrario: todos estos señores suplicaron á D. Bernardino Miranda que le convidara á comer un día á su casa, lo que se ejecutó así: y habiendo venido de Santa Maria de Gracia, en donde estaba confesando, á las doce del día, después de comer, sería como á las tres y media ó cuatro de la tarde, á un mismo tiempo ocurrieron

no eran pocos, porque todos deseaban confesarse con él, y siempre se volvía al Colegio el mismo día; y muchas ocasiones se volvía ántes de medio día al Colegio: en las visitas que hacía en la ciudad era muy breve, su salutación **Ave María**, y su despedida **á Dios, á Dios**, y no se sentaba si no había especial negocio, y de la misma manera saludaba y despedía á los que encontraba por el camino, y todos procuraban besarle las manos. No admitía conversación, por breve que fuera; y cuando le preguntaban alguna cosa respondía en breves razones, y **á Dios, á Dios**.

En las festividades solemnes y días de jubileos, y días de los Patriarcas, amanecía en la ciudad de Zacatecas confesando, y en eso gastaba toda la mañana. Predicaba muchas veces en la plaza con grande espíritu y fervor en las dominicas de Adviento y en otros días que suelen ser ocasionados á algunos desórdenes, como carnestolendas, días de S. Juan, de S. Pedro, de Santiago y Santa Ana, y también hacía pláticas á los presos de la cárcel y en el hospital, y confesaba á los encarcelados y á los enfermos, que unos y otros lo solicitaban con frecuencia.

Seis años gastó en fundar el Colegio de Zacatecas, en los que fué Presidente *in capite*. En este tiempo no dejó de confesar y predicar continuamente en Zacatecas, hizo varias misiones muy fructuosas: á tiempo salía á misionar por varias partes: hizo misión en Guadiana, y por todos los lugares del camino, en los pueblos, en las haciendas y en los ranchos, siempre confesando y predicando: siempre caminó á pié sin llevar provisión de viático para el camino: siempre en las posadas y en los pueblos entraba cantando el *alabado*, y despedía á los que le salían acompañando, rezando la protesta de la fé, y echándoles la bendición para que se volvieran á sus casas, y él proseguía su jornada rezando siempre varias devociones con el compañero ó con algunos que le seguían para confesarse.

De la misma manera caminó des ocasiones para la ciudad de Guadalajara en donde hizo misión muy

fructuosa, y por todos los pueblos y lugares del camino siempre á pié y siempre predicando y confesando; y del mismo modo caminó á la ciudad de S. Luis Potosí, en donde también hizo misión, y en sus contornos y por todo el camino de ida y vuelta siempre confesando y predicando. También fué en este tiempo á la ciudad de México á negocios del Colegio, y también hizo misión muy fructuosa, y por todos los parajes del camino siempre á pié, siempre confesando y predicando, á la ida y á la vuelta. De la misma manera entró á la Provincia del Nayarit en tiempo que estaban tan revueltos los indios que no permitían entrar en aquellas fragosas sierras ningún español cristiano, y solo admitían algunos otros indios fugitivos de los pueblos circunvecinos para hacerse más fuertes y temibles. Entró solo con un compañero religioso hasta sus mismas rancherías, este fué el R. P. Fr. Luis Delgado, quien certificó que saliéndole á encontrar los indios con flechas y machetes como para matarle, no solo no les temió sino que acercándose á ellos abriendo los brazos en cruz, los amansó de suerte que le dieron lugar para que les persuadiese á su reducción, y aunque por entonces no lo consiguió, se volvió diciendo que **no había llegado la hora**, pero después, á sus diligencias, se consiguió, y hoy son pueblos cristianos.

El año de 1713 habiéndose hecho la primera elección de Guardián del Colegio de Zacatecas, salió para el nuevo Reyno de León con un compañero Religioso misionando, predicando y confesando por todo el camino, á pié y sin ninguna provisión: anduvo por todo el nuevo Reyno de León misionando sin dejar pueblo ni rancho de pastores, ni hacienda en que no predicara y confesara.

De aquí pasó á los infieles caminando más de 400 leguas hasta lo último de la Provincia de Texas, en donde padeció muchísimos trabajos en los primeros años en que se mantuvo entre los indios. En el año de 1717 le eligieron Guardián y no le llegó la noticia en más de un año porque estaban los caminos incultos, y no salió esta vez en el tiempo que estuvo en los Te-